

UN DÍA DE AGOSTO, A LAS TRES DE LA TARDE

Hernán Garay

La rutina grabada a lo largo de toda una vida en la milicia, lo ayudaba a llevar adelante sus años, sus enfermedades y la creciente ceguera que lo encerraba cada vez más en la oscuridad.

Temprano ese día, comenzó su actividad, pese al calor del agosto europeo no dejó de ponerse el pañuelo negro al cuello y el tapado de grandes solapas, de dos filas de botones, muchas veces remendado por él.

Ayudado por su bastón y no por ello sin dificultad, comenzó su caminar hasta el promontorio, desde donde podía sentir el rugiente mar, al que ya poco veía, pero eso no importaba.

Allí, el viento pegaba sobre su arrugado rostro y su blanco cabello, también le traía entrañables sonidos de trompetas, de cascos de caballos, de rugidos de cañones, de choques de sables y lanzas, en síntesis le devolvía lo que había sido su vida, que ahora se le escapaba a cada momento.

Pasado el mediodía regresó a la casa, se sentó en un sillón tan viejo como él y comenzó a mirar el pequeño fuego que siempre estaba encendido.

Una vez más los recuerdos regresaron, pero lentamente su bravo corazón dejó de latir, entonces la poca luz que quedaba en sus ojos, se apagó para siempre.

Sorpresivamente, se encontró muy joven, caminando con su uniforme azul, sintió el peso y el ruido de su querido sable corvo colgado del cinturón, vio a lo lejos una torre con un campanario, que creyó haberla visto antes y cerca de ella a muchos soldados con uniformes de la Patria, tan lejana y querida.

Alguien se adelantó y con una tonada fuertemente correntina le dijo:

- Bienvenido mi Teniente Coronel..... lo estábamos esperando

En ese momento comprendió.

Se estrecharon en un abrazo y al hacerlo tocó la espalda del correntino, entonces le dijo:

- Todavía está abierta esa herida
- Es mi orgullo.... fue la corta respuesta
- Esa mañana cuando fui a verlo y a agradecerle, ya era tarde, se lo digo ahora muchas gracias.....
- El agradecido soy yo por haber podido cabalgar con usted hacia la Gloria.

El resto de los que allí estaban se acercaron a abrazarlo, vio caras muy queridas.

El lugar que Dios tiene reservado para los soldados, a partir de ese momento fue mejor, ya que el Primer Soldado de América, el Capitán del Nuevo Mundo había llegado.

En un lugar de la costa de Francia a las tres de la tarde de ese día de agosto un reloj detuvo su andar, pero comenzó a funcionar el de la gloria, eran las tres de la tarde del 17 de agosto de 1850.